

‘Amar al otro como a sí mismo’, y un muy peculiar tipo de oraciones recíprocas

Teresa Bejarano
Universidad de Sevilla (España)

Hay pares de expresiones que describen el mismo hecho aunque cada una lo haga desde una perspectiva distinta. ‘A vence a B’ / ‘B es vencido por A’, ‘A es padre de B’ / ‘B es hijo de A’, ‘A da un golpe a B’ / ‘B recibe un golpe de A’, ‘A detrás de B’ / ‘B delante de A’: este tipo de pares, este ‘perspectivismo del significado’ como se le viene llamando, se encuentra a lo largo y lo ancho del lenguaje. Se podría considerar una dualidad inútil si sólo atendiéramos a cuál es la realidad designada. Pero el lenguaje es comunicación, y por ello ha de avanzar desde lo más a lo menos conocido, o, en otras palabras, desde el tópico anterior de la conversación a la información nueva. Es la consecución de este orden en cualquier circunstancia, es esta flexibilidad y adaptación, lo que se alcanza gracias a esos dobles expresivos que el código pone a nuestra disposición.

Ese recurso lingüístico conviene contrastarlo con otro -el de las expresiones recíprocas- que aunque aparentemente se le asemeja es en realidad muy diferente. Está claro que, mientras que en el par ‘A mira a B’ / ‘B **es mirado por A**’ hay un único hecho, son, en cambio, dos hechos diferentes los designados respectivamente por ‘A mira a B’ y por ‘B **mira** a A’. Es verdad que estos dos hechos diferentes -la acción de A y la acción de B- producen resultados que en esquema son parecidos -por un lado, A mirando y a la vez mirado, y, por el otro, B mirando y a la vez mirado. Pero, más allá del esquema abstracto, hay dos resultados realmente diferentes -uno que tiene que ver con A y otro que tiene que ver con B.

En resumen, mientras para los pares perspectivistas, hay una única acción y un único resultado, para los pares recíprocos, en cambio, hay dos acciones y dos resultados. ¿Por qué y para qué estoy señalando estos dos diferentes tipos de pares de significado? Lo que me interesa es atender a un par muy especial que viene a ser un híbrido, digámoslo así, entre los dos tipos ya mencionados.

Consideremos ‘A mira a la vez su propia mano y la mano de B’, y ‘B mira a la vez su propia mano y la mano de A’. Aquí hay dos acciones diferentes, el

mirar de A y el mirar de B. Sin embargo, el resultado –el contenido perceptual en este caso– sería el mismo. La mano de A y la mano de B son conjuntamente percibidas. Podemos decir que ese resultado se repite, sí, por dos veces, pero no cambia. ¿Qué sucede si, en vez de la mano, habláramos de ver cabezas –o, más exactamente, de ver cabezas sin mediación alguna de espejo? En ese caso, estaríamos ante un par recíproco típico, en donde a cada acción le corresponde un resultado diferente –a la acción de A le corresponde la visión de la cabeza de B, y a la acción de B, la visión de la cabeza de A. Pero con las manos, nos encontramos con un nuevo tipo –llamémoslo el tercer tipo de pares de significado.

Ese tercer tipo, lo volvemos a encontrar si el verbo utilizado es ‘amar al otro como a sí mismo’. Ahí, aunque hay dos acciones diferentes –el amar de A y el amar de B–, hay un mismo resultado –A y B amados por igual. Ese resultado se da ciertamente dos veces, y por eso llegará a tener un mayor espesor, podríamos decir. Sin embargo, es el mismo para las dos acciones. En cambio, si suprimimos la puntualización ‘como a sí mismo’, nos sucederá algo en cierta manera parecido a lo de antes –a lo que nos quedó cuando sustituimos manos por cabeza. En ‘A ama a B’, y ‘B ama a A’, tenemos un par recíproco normal en donde los resultados de cada acción no son idénticos. Ciertamente, si asumimos que tanto A como B se quiere cada uno a sí mismo, los resultados no son tan diferentes como lo eran aquellos dos contenidos perceptivos –la cabeza de B y la cabeza de A–. Ciertamente, en cada recíproca del verbo amar, obtenemos que tanto A como B son amados. Pero sin la puntualización del ‘como a sí mismo’, los resultados no se pueden identificar. A amaré a sí mismo más que a B, y B amaré a sí mismo más que a A.

En realidad, los pares encuadrables en el tercer tipo son muy escasos. Eso de que el resultado sea idéntico, pero doble, sucede muy raramente. ¿Pensamos en el albañil A construye la casa, y el albañil B construye también la casa en cuestión? Esto podría parecer el mismo caso, pero realmente no debemos hablar aquí de un mismo resultado. A trabaja en unas zonas o en unos aspectos de la construcción que son diferentes a las zonas o aspectos en los que trabaja B. En cambio, en el caso del par construido con ‘amar como a uno mismo’, la identidad de resultado es completa.

El ejemplo de la mano no ha sido, claro está, una elección casual. Yo creo que es muy significativo que sean justo los primates, o sea, nuestros ancestros más inmediatos, los únicos animales que tienen mano. Gracias a que la mano es visible en el propio cuerpo, y puede así ser homologada con la mano ajena, gracias a eso, el primate llega a captar un estado interno ajeno. Eso supone un paso crucial en el camino hacia la exclusividad humana. Es verdad que en los monos, ese estado interno ajeno es primariamente sólo cinestésico-postural. Y es también verdad –y aún más importante– que en los primates no humanos la atribución de estado interno al congénere se hace totalmente imposible cuando el congénere está comunicándose o interactuando de cualquier forma con el

animal observador. Sin embargo, a pesar de todas esas limitaciones, la mano autovisible y consecuentemente homologable de los primates se alza como un prólogo.

Un prólogo que lo sería al núcleo mismo de la exclusividad humana si acaso se admitiera el siguiente supuesto, a saber, que la captación de la verdad sin sesgos subjetivos, o, dicho de otro modo, el atender a la realidad toda que se haya podido captar, representa la culminación de tal exclusividad. Y con esto podemos volver de nuevo a nuestro tercer tipo de pares de significado. Amar al otro como a sí mismo, poner en pie de igualdad la interioridad propia y la ajena, es indiscutiblemente la forma más acabada de ese atender a la realidad toda sin sesgos subjetivos.

¿Que llegar a eso es difícil y casi imposible? Sin duda alguna, lo es, por mucho que haya –y esté hoy día muy estudiada– una capacidad exclusivamente humana por la cual el individuo logra captar interioridades radicalmente ajenas. A fin de cuentas, cada conciencia, sea animal o humana, está de un modo prácticamente necesario centrada en ella misma. Y, por eso, hay que decir que lo de amar al prójimo como a uno mismo requiere una auténtica transformación de nuestra naturaleza y nuestra biología. Sin embargo -y es esto lo que he estado persiguiendo- en la evolución biológica misma, o, más concretamente, en la naturaleza de los primates, se puede encontrar un prólogo, por remoto que sea, de aquella casi inalcanzable culminación. Ese remoto prólogo es lo que he buscado subrayar con este análisis del tercer tipo de pares de significado. El significado 'A mira a la vez la mano propia y la de B' sería, no sólo un torpe remedo, sino también un prólogo evolutivo, de 'A ama a B como a sí mismo'.